

— Dicen que es de moda.

— ¡Vaya una moda!

— No se canse usted, señora, los cómicos para las tablas, pero nó para tratarlos de cerca.

— Y luego que no sé si habrá usted estado en antecedentes.

— ¿De qué?

— ¡Cómo de qué! todo esto no es sino porque don Pepe se ha enamorado de la cómica.

— ¡Ah que don Pepe! si es capaz de.....

— Ya lo conoce usted, y yo no sé qué le ven las mujeres.

— Su dinero.

— ¡*Por cierto* de su dinero!

Estos y otros muchos por este estilo eran los comentarios que aquella amable concurrencia hacía de los cómicos que estaban á la orden del día, ni más ni menos que si fuera de noche.



## CAPÍTULO VIII.

EN EL CUAL EMPIEZA EL LECTOR  
Á SEGUIR MUY DE CERCA  
LOS PASOS DE ISOLINA.

**D**OS horas antes de marchar la compañía y después de haber dado las seis funciones en el pueblo, Pico ensilló á tientas su caballo y sacó á Isolina de su prisión, y hasta la noche de ese día fué cuando D. Gervasio Miguel Romero del Campo se enteró del aumento en el personal del elenco.

— Ven acá, director, le dijo Pico á Rome-

ro: te voy á presentar á la presunta primera dama de nuestra compañía.

—¿Me vas á enseñar alguna monstruosidad?

—No: te voy á enseñar un tesoro.

—¿Eh?

—Ni más ni menos: ven.

—¡Hola! hola!

Y Pico llevó á Romero á uno de los cuartos del mesón en que habían parado.

El cuarto estaba apenas iluminado por una delgada vela de sebo, é Isolina se había puesto de pié al sentir el ruido de la puerta.

—Presento á usted á mi amigo el señor don Gervasio.....

—Gervasio Miguel Romero del Campo, dijo Romero lanzando una mirada escudriñadora á la bella desconocida.

Isolina contestó con voz débil, y Romero no sabía á qué atenerse en materia de aquella aparición misteriosa.

Hubo un momento de silencio y perplejidad.

—Deseo, dijo Pico, que conozcas bien á mi interesante y querida amiga; te la presento y además te la recomiendo, porque fío en tu buena amistad; supongo que podré recomendarte á mi bella protegida.

—Señorita dijo Romero; desde luego me pongo á las órdenes de usted, y si en algo puedo serle útil, tendré un gran placer en servirla.

—Te diré, Romero, interrumpió Pico, la señorita se llama Isolina.... ¡mira qué nombre para las tablas! ¿no es verdad que es un nombre soberbio? Pues bien, Isolina se siente con vocación para el teatro; felicítate, amigo director, felicítate de todo corazón por la adquisición de esta perla del arte.

—¿Será cierto, señorita, que usted desea...

Isolina contó someramente á Romero la historia de sus sufrimientos y su evasión, y luego continuó:

—Hoy me encuentro sola en el mundo, sin más amparo ni protección que ustedes, cuya bondad empieza á indemnizarme de

mis pasadas desventuras; y desde luego me creo en el deber de prestarme á ser útil, si es que puedo serlo, según cree el señor Pico, en una carrera que me es enteramente desconocida.

—Diré á usted, señorita: la carrera del teatro está sembrada de sinsabores, y nosotros los artistas nacionales, los que hemos saltado al proscenio movidos por un arranque de inspiración y por los impulsos del genio, recojemos, es cierto, los lauros y las ovaciones, pero ¡Dios mío! con cuántas decepciones....

Como el lector podrá notar, Romero se iba poniendo en caracter.

—Usted es hermosa, continuó, tiene usted un timbre de voz argentino y simpático, y la voz, la voz, señorita, es el talismán de una artista; vea usted á María Cañete ¡qué voz de mujer, qué entonación, qué brillo!... y cuando se tiene una voz así, no falta más que el genio, que Dios lo dá; pero sin embargo, bajo mi dirección hará usted prodigios; yo soy un artista nacional, proclamado

honra de México por varios públicos inteligentes; he trabajado en Buenos Aires y en San Francisco, he recibido obsequios de algunos altos personajes y la prensa toda de mi país, de mi adorado país, me ha prodigado, con una profusión asombrosa, sus merecidos elogios, y vivo entre las palmas, porque no hay vez que yo pise las tablas que no adquiera palmas.

—Hace poco tiempo que me presento con mi María, que es la primera dama; á mi juicio sin competidora. Donde se pára mi María, allí está la gracia, y el salero y la gentileza, allí está el arte y la inspiración; es española, nació en la tierra de la Santísima Virgen y solo por un disgusto de familia se vino á América; pero hoy, merced al estudio que ha emprendido á mi lado, es la perla del arte; así la han llamado los periódicos y por tál la tienen críticos severos y escritores de nota de mi país y del extranjero.

Como se ve, el artista nacional prefería que María hubiese nacido en España.

Isolina estaba aturdida; hacía dos meses

que no había oído hablar más que á don Pepe, y le estaba pareciendo que ésa era la causa de que todo lo que le estaba pasando fuera de un caracter tan extraño. Aquella charla de Romero era para Isolina una cosa nueva, y tanto Pico como Romero le parecían hombres de un género enteramente desconocido para ella; pero estaba en sus manos y tenía necesidad de transigir con ellos, por extravagantes que le pareciesen.

Hasta aquel momento Isolina había tenido una buena introducción en la compañía; Pico era amable y servicial, y don Gervasio, á pesar de su prosopopeya, era un caballero galante.

Pero faltaban las hembras, y muy especialmente, la que había nacido en la tierra de la Santísima Virgen.

—Me permitirá usted, señorita, presentarla á mi María del Carmen, supuesto que en lo de adelante vamos á formar una sola familia.

Estas palabras engendraron en la mente

de Isolina un presentimiento sombrío; y es que por instinto temía la amistad de la primera dama.

Romero ofreció el brazo á Isolina y la llevó al cuarto de María.

—Madre, exclamó Romero desde la puerta, te traigo una visita, una nueva amiga.

—Bienvenida, dijo María sin levantarse de su asiento.

—Es un señorita cuya interesante historia conocerás tal vez más tarde; pero desde luego no he vacilado en presentarte á mi discípula y acaso, acaso, á mi hija adoptiva, ¿no es cierto, señorita?

—Señora, dijo Isolina dirigiéndose á María, la Providencia ha puesto á ustedes en mitad de mi camino, permitiendo hacerlos el instrumento de mi cambio de vida. He sido muy desgraciada y soy sola en el mundo; los pocos parientes que debo tener están muy lejos, y no sé á quién volver los ojos. Debido al señor Pico he podido salir de la comprometida y horrible situación en que me encontraba; en este momento he

sido presentada al Sr. Romero del Campo, quien con una atención y caballerosidad que mucho le agradezco, se ha dignado traerme aquí para tener el gusto de ponerme á las órdenes de usted.

María había estado oyendo hablar á Isolina sin mover la vista; sin que por esto no hubiera tenido tiempo suficiente para escudriñar á su futura rival. Desde luego había recibido esa terrible herida reservada al corazón de la mujer. Había comprendido, á pesar suyo, que Isolina era hermosa, más hermosa que ella; y casi ésta fué la única idea que la preocupó desde que Isolina comenzó á hablar.

Reinó por un momento un embarazoso silencio, porque María no encontraba la frase á propósito para romperlo.

—Muy bien, dijo por fin; yo no comprendo lo que aquí pasa y.... permítame usted que me sorprenda de una historia tan inusitada y tan extraña para mí.

—Sí, efectivamente, se apresuró á decir Romero; comprendo que deberíamos ha-

berte anticipado algo, previniéndote..... pero en fin, yo he obrado sólo guiado por el buen deseo de amparar á una señora que se encuentra en circunstancias excepcionales.

Todo esto pasaba sin que ninguno de los personajes de aquella escena hubiesen cambiado su primera actitud.

María permanecía sentada.

Isolina de pié, y Romero y Pico un poco más atrás.

Pico no se había atrevido á hablar; pero en aquel momento empezó á comprender que aquella buena obra le iba á acarrear algunos sinsabores, muy especialmente con respecto á María de quien, como sabemos, estaba secretamente enamorado.

Cada segundo que pasaba Isolina en pié, hacía subir de punto el bochorno de su humillación; al grado que empezaba á necesitar un apoyo.

Romero acertó á acercar una silla.

Volvió á reinar el silencio.

Ya en el corazón de María del Carmen

había caído el suficiente veneno que le daba valor para afrontar la situación, optando por mostrarse hostil.

Aquel silencio era cada vez más desesperante para Romero, que era quien más cerca veía el chubasco.

—Madre, dijo al fin procurando dar la mayor dulzura posible á su acento: veo que no has recibido con demasiado gusto á tu nueva visita; y á la verdad te disculpo, porque esto ha sido una sorpresa, verdaderamente una cosa inusitada y violenta; pero me prometo que cuando estés en antecedentes acabarás por amar á esta señorita, cuya situación no puede menos que interesar vivamente.

—Sí, puede ser que con el tiempo; dijo María con cierto aire de ironía muy marcado.

—Figúrate, continuó Romero, que la señorita está dispuesta á abrazar la carrera dramática, y desde luego se pone bajo nuestra protección; será nuestra discípula.

—¡Hum! murmuró María del Carmen,

esa es obra de romanos; yo empecé de edad de diez años esta malhadada carrera, y no ha mucho el más bruto de los públicos que yo he visto, se atrevió á silbarme.

—¡Ah! pero yo sé quien fué.

Y yo también, dijo Pico encontrando ocasión de mezclarse en la conversación, eso no es silbar á un actor; hubo silbidos, es cierto, pero fué aquel sujeto que estaba picado con la compañía por ciertas cosas.

—El caso es que me silbaron.

—Yo no he querido decir, continuó Romero, que la señorita vaya de buenas á primeras á debutar en un drama de desempeño ni á convertirse en actriz de la noche á la mañana; lo único que he dicho es que empezará desde luego su aprendizaje.

—Eso es, de figurante es otra cosa; para servir de bulto no se necesitan dotes.

—Señora, dijo Isolina con voz reposada y con dignidad, no tengo por mi parte ningunas pretensiones, ni siquiera imagino que llegaré con el tiempo á ser actriz: si se ha hablado de que deseo abrazar esta carrera,

es solamente porque el señor Pico me lo ha preguntado, diciéndome que mis protectores providenciales son las personas que forman la compañía dramática, y yo guiada solamente por el deseo de serles útil y manifestar mi agradecimiento, es por lo que me he puesto á la disposición de ustedes.

—Exactamente, agregó Pico, eso es lo que ha pasado; la señorita Isolina no intenta más que complacer á las personas que hoy la protegen.

—¿Se llama usted Isolina? preguntó María.

—Sí, señora.

—Yo soy en todo caso, continuó Pico, quien ha causado este alboroto dejándome llevar de mi entusiasmo por la carrera dramática.

—Eso es lo único que V. tiene, porque en cuanto á dotes, dijo riéndose María, no me quiero acordar de aquel rey que tuvo usted la audacia de hacer aquella noche.

—Yo no pedí el papel.

—Nó, ni lo hizo V., y si el público no le

tiró con los cojines, fué por un milagro.

—No pretendo, contestó picado Pico, pasar por un gran actor.

—Ya lo sé, sería el colmo de la audacia.

—Por eso digo que no lo pretendo.

—Y hace V. bien.

—Adios! dijo Pico para sí, ¿pues no la da conmigo? y yo que creía estar tan adelantado en el amor.... ¡vaya una mujer incomprensible!

—Vamos, madre, dijo cariñosamente Romero; deja á Pico en paz y acaba de aceptar nuestro plan con respecto á esta señorita.

—Por mi parte ya he dicho que no se improvisan las actrices, y en cuanto á adoptar á esta señorita como hija, bien sabes cuán precaria es nuestra situación y que los tiempos no están para tener familia.

—En cuanto á eso, dijo Pico resueltamente, Isolina no será gravosa para nadie y no recibirá nada sinó de mí.

—¡Bravo, señor Marqués! no parece sinó que está V. representando «Los pavos rea-

les;» se habrá V. encontrado un tesoro como Monte-Cristo, ó irá V. á emprender las hazañas de Diego Corrientes; en todo caso lo felicito á V., señor Pico, por ese rasgo de monarca.

Y María lanzó una carcajada que hizo estremecer á Isolina y ponerse pálido á Romero.

Isolina se puso en pié y Pico se adelantó para ofrecerle el brazo.

—No serás tú solo, le dijo Romero; lo que he ofrecido á esta señorita, estoy dispuesto á cumplirlo y á sostenerlo.

—Muy bien, exclamó María, esta noche es de grandes rasgos. Eso me parece que te lo he visto representar muy bien en *La mala semilla*; y por cierto que es el rasgo dramático que vale más en toda la pieza; enhorabuena: todo, en último resultado, se parece mucho á aquel drama, ¿te acuerdas Gervasio? creo que se llamaba *La aventurera*.

—¡María! gritó Romero, no insultes la desgracia.

—Eso, eso es lo mismo que dice la comedia: *no insultéis la desgracia*.

—Vámonos, dijo en seguida Romero, haciendo salir á Pico y á Isolina.

María los vió alejarse y atravesar el patio, y cuando hubieron llegado á la puerta del cuarto de Isolina, María gritó desde lejos:

—¡Adios, amor mío! muy buenas noches.

Y lanzó otra carcajada, que á la vez llegó á los oídos de toda la compañía.

El resto de la noche lo pasó Romero en el cuarto de Pico, pues la apacible María no se dignó darle hospedaje, en señal de sañuda guerra.

Isolina pasó la noche derramando abundantes lágrimas.